

El partido liberal partiendo del error que es su principio, todo lo ha llenado de errores: la legislación, la prensa, la política, la moral, la religión, la familia, la propiedad, todo es un caos, todo es un enigma que nadie entiende y nadie puede descifrar. Poniendo en ejecución sus medios naturales que son los de la desorganización, todo lo ha desorganizado; ha removido el edificio social hasta no dejar piedra sobre piedra, sin que á este espantoso destroz, haya escapado ni el mismo partido liberal, que se halla hecho pedazos, sin que haya poder que lo vuelva á su sér, porque desencadenadas en su contra las furias, sus mismos individuos se persiguen de una manera desapiadada. Y de esta manera ha llegado á la más completa anarquía que es su fin, con lo cual ha llenado su misión y cumplido su destino en México.

Fáltanos ahora para concluir, decir una palabra al partido conservador.

El partido conservador, no es propiamente un partido, es una sociedad, es la sociedad que tiene por principio la verdad, por medio la aplicación de la verdad misma, por fin la felicidad individual y social de la humanidad. Es la sociedad católica.

Considerado bajo esta general acepción, se divide en dos clases: en la de los pastores y la de las ovejas: en la de los maestros en la fé y la de los fieles. De la primera, dije ya en el capítulo primero, lo que históricamente puede decirse. Esa venerable clase debe tener, como conducta esencial la santidad; pero no la santidad común, que bastaría en un seglar para conseguir su fin; ni aun lo que fuera necesario á un lego para llegar á la perfección: no, todavía debe ser mayor, porque ha de ser la santidad absoluta, la santidad especialísima del sacerdocio, la santidad apostólica: solo con ella puede ponerse á la altura de su misión sagrada. ¡Sublime misión de es-

tar sobre las gradas del Santuario y tener en su mano la Víctima Infinita, como una hostia pura para aplacar la Justicia de Dios, como un precioso bálsamo para curar las llagas de la humanidad, y como un foco inextinguible de luz para esparcir la claridad sobre todos los pueblos! El ministro del altar es el canal por donde sube de la tierra al cielo el delicado incienso de la oración, y por donde del cielo desciende á la tierra el celestial rocío de la gracia que la fecunda y la haga abundar en copiosos frutos de virtud. Mientras más en contacto esté el sacerdocio, con el cielo por medio de su santidad, y con la tierra por su espíritu verdaderamente apostólico, mayores serán los torrentes de gracias que reciba la humanidad; y tanto cuanto ese conducto se restrinja en sus cualidades esenciales de santidad de vida y espíritu apostólico, tanto así se privará la humanidad de recibir las gracias que debiera. El sacerdocio es la luz del mundo: si ese astro brilla en todo su esplendor, la luz de su santidad se reflejará en toda la tierra; y cuando densos nublados envuelvan al mundo, no habrá duda de que el astro del sacerdocio está en la menuda de sus cualidades esenciales que lo caracterizan.

Respecto de la parte del partido conservador, de la parte de la sociedad que puede llevar ese nombre considerado solo políticamente, examinemos cuáles son sus deberes para ver cual es el camino que debe guiarnos á una felicidad segura, infalible.

«Maestro bueno, preguntó un día un joven al Salvador del mundo, ¿qué haré para salvarme? Jesús le dijo: ¿por qué me preguntas de bien? Solo uno es bueno, que es Dios. *Más si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.*

Y una sociedad, que por todas partes se ve cercada de abismos y de precipicios: que gradualmente va viendo oscurecer su horizonte con densas tinieblas: que siente lan-

guidecer sus fatigados miembros; y que ve debilitarse el brillo de la antorcha de vida que se le concedió, no podrá preguntar á su Libertador. ¡Maestro bueno que haré para conseguir mi fin?

Por demas seria hacer hoy esta pregunta, cuando su respuesta resuena hace mas de mil ochocientos años en todos los ámbitos de la tierra; pues nada ménos que esa respuesta ha servido ya para sujetar á juicio á todas las generaciones que se han levantado desde que bajó del cielo la Luz que vino á alumbrar á todo hombre que viene á este mundo. La sociedad, lo mismo que el individuo, tiene que guardar los preceptos de la ley divina y seguir por los caminos de la perfeccion al Hombre Dios que con su ejemplo vino á doctrinar al mundo.

Pero esto que en el hombre no es sino el medio para llegar al último fin, en la sociedad es el término final; porque la sociedad acaba aquí en este globo opaco, con las generaciones que la forman, y que se marchitan como el heno y desaparecen como la flor de los campos. Y las cosas perderian su esencia y dejarian de ser lo que son, y ni concebirse podria la idea de la Justicia Infinita, si no se diera al hombre segun las distintas acepciones en que se le considera, el premio ó castigo que le merezcan sus acciones. El individuo, que está destinado para la eternidad, oirá un dia la voz del Hijo de Dios, y saliendo del sepulcro en que estén depositadas sus cenizas, irá á la resurreccion de vida, si obró el bien en sus dias, ó á la resurreccion de juicio, si el mal fué el fruto de sus obras; pero la sociedad, que no es sino la forma con que el hombre se reviste en el tiempo, como que no pasa de la morada temporal, porque al reclinarse el individuo en la tumba, se desnuda de ella para revestirse con la forma de la eternidad, aquí mismo tiene que recibir el premio si anduvo en los caminos de la verdad, ó el tremendo castigo que le

hayan merecido sus pasos por las sendas tortuosas de la iniquidad.

Esto no quiere decir, que el hombre no tenga que dar cuenta mas allá del tiempo de las obligaciones que sobre sí reporta como miembro de la sociedad: antes por el contrario, como que estas son de mas graves y desastrosas consecuencias, mayor es por consiguiente la responsabilidad que por ellas tenga, mas severo el juicio á que se le sujete, y mas grande la pena ó el galardón que merezca segun el desempeño de sus deberes sociales.

Pero como la sociedad que no pasando á la eternidad, aquí es donde recibe el premio ó castigo de sus obras, debe poner su mas escrupuloso cuidado en el cumplimiento de sus deberes, y en practicar el precepto que se le da y el camino que se le indica, para ir á la vida de la felicidad y de dias venturosos en su existencia. «Guarda los mandamientos.»

Y no puede menos que, contemplarse con pavoroso asembro, ese sueño profundo en que viven las sociedades, olvidándose de sus deberes tan sagrados. Y por esto mismo, no causa sorpresa verlas caminar con vida lánguida y miserable; ni considerarlas revolcándose en el cieno de un degradante abatimiento; ni contemplarlas abrumadas con el peso de incontables tribulaciones; porque todo esto es un efecto natural, una consecuencia precisa de la marcha extraviada de las sociedades por los tenebrosos caminos del error, y de la lamentable indiferencia de los individuos, adormecidos con el tósigo fatal del egoismo.

Es una verdad fuera de duda, que en el juicio particular bastará á cada hombre para salvarse, poder decir como el jóven israelita: «en toda mi vida he guardado los preceptos santos de la ley,» y el que esto pueda decir, sin duda conseguirá su último fin, aunque hubiere sido miembro de una familia corrompida ó pertenecido á una sociedad cul-

pable. Pero en el juicio á que el Señor sujete á las sociedades, no bastarán los méritos individuales de algunas personas para suspender el juicio divino, ni para evitar el castigo que les puedan merecer una conducta criminal. De esto tenemos un testimonio irrecusable en cada página de la historia, y en cada paso de la humanidad.

Cuando en los tiempos antediluvianos se extraviaron los hombres, y fué corrompida toda carne, vivía Noé el justo; y él, con su mujer, y sus hijos, y las mujeres de sus hijos vivían temerosos del Señor, y guardaban en sus corazones los mandamientos de Dios; pero la abominación de las gentes y la corrupción de la sociedad, hicieron rebozar la copa de las divinas iras; y Jehová derramó su cólera sobre el mundo, alzando los diques de las aguas y abriendo las cataratas del cielo. El mundo fué inundado con los torrentes de las lluvias; las aguas alzaron su nivel mas alto que el de los encumbrados montes; y la sociedad criminal quedó envuelta en aquella tremenda avenida y sepultada en los abismos del diluvio universal. He aquí un pavoroso ejemplo en que perfectamente se distingue el juicio de la sociedad, del juicio del individuo. Las ocho personas que eran justas en la presencia del Señor, escaparon del terrible azote de la justicia de Dios en la arca de sus buenas obras; pero la sociedad criminal, pereció!

Mas tarde, Sodoma y Gomorra y todas las ciudades de Pentápolis, hicieron llegar al cielo el clamor de la depravación de sus costumbres; entre aquella gente perversa vivía Lot, con su mujer y sus hijos, separado de la corrupción de las ciudades pecadoras; y el Señor, por el misterio de tres ángeles, salvó á los individuos inocentes, haciendo bajar su arca entre el fuego que consumió toda carne, y redujo á ruinas las ciudades culpables. Aquí volvemos á ver, que los méritos individuales, salvaron á

la familia inocente; pero pereció la sociedad inícuca de que ellos formaban parte.

El pueblo escogido del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, á quien el Señor sacó de la servidumbre de los Faraones en Egipto, para ponerlo en la tierra de promisión donde manaba la leche y la miel, un día se llenó de loco frenesí, cuando los tiempos habían llegado á su plenitud, y tomando al Dios hecho hombre, que había venido á libertarlo de la esclavitud del Faraon infernal, para llevarlo á la patria prometida de la celestial Jerusalem, le cargó de improperios y tribulaciones; descargó su furor sacrilego sobre la cabeza del justo, aglomerando en ella toda suerte de dolores; y dando el siniestro grito «Carga tu sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos,» lo elevó en el árbol de la Cruz. ¡Patíbulo infame donde el hijo de Dios quiso morir para redimir al mundo! No faltaban sin embargo en este pueblo deicida, varones ilustres que se mantenían en el temor del Señor, abrazando la doctrina que se le presentaba al mundo para salvarse; ni discípulos fieles, que habían de ser los elegidos para llevar á todas las regiones el pan de vida en la palabra divina; ni mujeres piadosas que habían de sobreponerse á su natural debilidad para seguir las huellas ensangrentadas de la Víctima del Calvario; y á pesar de estos individuos justos y santos, que se salvaron en la guarda de los mandamientos, la sociedad judía pereció bajo el furor de los romanos; y los restos de esa sociedad fueron arrojados entre todos los pueblos de la tierra, como se arroja al viento un puñado de ceniza, y como un ejemplo elocuentísimo, cuya voz tremenda resonará en toda la sucesión de los siglos, para dar el testimonio mas solemne, de que el hombre tomando la forma de la sociedad con que atraviesa el tiempo, recibe aquí mismo en la vida temporal, en los días de su transitoria peregrinación por el va-

lle de las miserias, el premio que le halla merecido su fidelidad en el cumplimiento de sus obligaciones sociales, ó el castigo que hayan atraído sobre su cabeza los pecados de esa misma sociedad culpable.

El poderoso imperio romano, que con brazo férreo cargó á todo el mundo de desventuras, y con las cadenas de oprobiosa servidumbre fué á sujetar á los pueblos mas distantes, llegó tambien al término de su carrera: y un dia, al impulso de las hordas septentrionales, que eran el sople de la justicia del cielo, cayó hecho pedazos el coloso, aterrando á todas las naciones con el estruendo de sus ruinas: y todas las generaciones que han venido despues han ido á contemplar con pasmo y admiracion entre los gigantescos escombros del Capitolio, al senado, á los tribunos del pueblo, y á los soberbios emperadores, que dominaban al mundo y se llamaban inmortales en los momentos mismos de devolver á la tierra sus despojos carcomidos por vergonzosos placeres. Y entre el polvo del Foro, donde tantas veces se alzó como un recio huracan el tumultuoso rumor de las pasiones populares; y entre los derruidos muros del Circo, donde por muchos siglos se puso en espectáculo la degradacion de un pueblo envilecido, aun se advierten las huellas de la existencia de una sociedad criminal que pasó como la sombra fugaz de una ave que vuela fugitiva, como el brillo fementido de una antorcha que se apaga, como el transitorio ser de la espuma que se deshace por la corriente de las olas.

La sociedad francesa, que por muchos siglos fué levantando su magestuoso vuelo hasta remontarse á las mas altas regiones del esplendor humano, fué adormeciéndose despues á los desvanecedores vapores de costumbres corrompidas: prestó atento oido á los ridiculos sarcasmos de filósofos insensatos; y un dia fué sorprendida por el torbellino de la revolucion, que entre sus rojizas nubes arre-

bató la civilizaci6n con el reluciente brillo de su nobleza, el poder debilitado de sus reyes, y á toda la sociedad que fué desmenuzada como una débil flor, cuya delicada corola se deshoja por el aquilon.

La causa de estos acontecimientos que entrelazándose mutuamente, se eslabonan como una extensísima cadena para atravesar toda la corriente de los siglos, en vano la preguntaremos á todas las ciencias puramente humanas, y á la mentida sabiduría de esas escuelas que en el exceso de su soberbia, han creído poder explicar con el solo esfuerzo de la razon del hombre, el modo de ser de todas las cosas. Solo la ciencia católica, que procede del seno de la Sabiduría Increada, y que atraviesa los luminosos espacios de la claridad eterna para venir á dar luz al mundo, es la única que sabe y puede explicar, así en el órden físico como en el moral, las leyes á que están sujetas todas las cosas: es la única que alcanza á descubrir donde tiene cada una sus profundas raíces; y la sola, que puede medir con exactitud precisa, los vastísimos fundamentos de todo lo creado. En esa fuente inagotable de luz, en ese riquísimo depósito donde se atesoran todas las maravillas de la ciencia, donde se encierran todos los tesoros de la sabiduría, es donde se da razon del peso, número y medida con que todas las cosas fueron hechas; del perfecto equilibrio que el Supremo Hacedor puso en todas sus obras; y del maravilloso concierto que se descubre en toda la creacion.

En esa ciencia prodigiosa donde la luz no rompe las tinieblas con que se velan los misterios, ni los misterios quitan un solo reflejo á los rayos de la luz, es donde sin salir jamás del círculo de todo lo creado, conocemos el modo con que por todo lo creado se dilata la accion continua é infinita de su Autor.

Partiendo del dogma de la Providencia, que es el pun-